

PREGÓN DE 1.997

PRESENTACIÓN

POR: Francisco José López de Paz

Hoy, y permítanme la extroversión, que es cuando cumplo treinta y cinco años he caído en la cuenta de que en mi vida hay una hermosa historia que tiene que ver con este pueblo, al que vengo tanto y en el que son felices tantos de mis amigos.

Soy de Sevilla, nací en Triana y la próxima Semana Santa será la trigésimo sexta que haya tenido el gozo de disfrutar.

Desde que tengo uso de razón no conozco más calles en Semana Santa que las de mi ciudad. Por ellas y en estas fechas aprendí a caminar solo y a saber de sus secretos, y en ellas y por estas fechas, como nos suele ocurrir de jóvenes, mi corazón se encendió por primera vez.

Nunca he faltado de mi tierra. Siempre he estado en ella durante las jornadas más deseadas. Soy capaz de recordar cada año, cada día... Es verdad, nunca he faltado mas que un día que fue cuando no estuve en Sevilla en Semana Santa.

Fue en el año 1.980. A la Hermandad de la Estrella, a la que pertenezco, llegó un cariñoso reclamo de una antigua corporación de Castilleja de la Cuesta, la de la Soledad. En aquella ocasión los hermanos de Castilleja quisieron que la cuadrilla de hermanos costaleros de la Estrella compartiera con ellos la alegría de estrenar también una cuadrilla propia y nos invitaron a amasar juntos aquel júbilo. Aquel Viernes Santo de 1.980 fue el único día que no estuve en Sevilla en Semana Santa porque vine, con mis compañeros aquí, a Castilleja.

Creo que en algún armario guardo la enorme mancha de cera en el terno gris, caída de los candelabros de cola de vuestra Virgen. Algo que, a lo largo de la vida, se ha convertido en metáfora palpable de una realidad como es la gota de cera de este pueblo que aun guardo en la memoria. La gota de un Viernes Santo auténtico, castizo y ensoñador, sin atadura de tiempo, como comparten tantos y tantos pueblos de Andalucía.

Entonces, algunos de ustedes me enseñasteis algo de vuestra evocadora Semana Santa, aunque no la conocí del todo hasta que, al pasar de los años, tuve la dicha de conocer a vuestro pregonero, mi compañero y amigo José Antonio del Saz.

Su pasión por Castilleja no es simple delirio de hijo de este pueblo. Algo digno de admiración es que su cariño no nace del tópico, sino de la razón y el conocimiento. De cuantos conozco él ha sido quien mejor ha definido a esta Castilleja moderna, a medio camino entre la ciudad que crece y los olivos y el campo de estas tierras del Aljarafe.

Todos le conocéis por su cariño a esta tierra y por su trabajo. No ha elegido uno sencillo; es periodista y, por tanto, responsable de contarle a la sociedad por la radio, un medio en el que ha sido cocinero y fraile, las alegrías y las penas del mundo. Especialmente atento a lo que ocurre en el entorno social de nuestro pueblo, su sensibilidad por las injusticias seguro que entroncan del cariño que un día le enseñaron aquí, en la plaza de su pueblo, y de aquello que en el fondo representan, también, el ejemplo y la palabra de vuestro Señor Yacente y la hermosa Virgen de la Soledad.

Va a tener que tomarle el relevo a su padre en esta difícil tarea de pronunciarle a sus hermanos el pregón de cada año y seguro que al subir aquí estará pensando en que alguno de sus hijos también hará lo propio en alguna ocasión; porque sé que está dispuesto a que sus sucesores compartan el cariño que le profesa a esta Hermandad de la Plaza.

No conozco su pregón, pero os pido que prestéis especial atención a su verbo que va a dibujar una bella y serena acuarela de esa Semana Santa en la que se integran el creído y el descreído, la beata y el joven, el feliz y el infeliz.

Y si amáis la Semana Santa estad atentos porque un periodista está a punto de dar la mejor de las noticias que contarse pueda en estos días en los que todos los signos apuntan la llegada de los días más esperados. Una noticia que solo puede ofrecerles el pregonero.

Ahora, que Castilleja está a punto de convertirse en el Paraíso, tuya y solo tuya es ahora, José Antonio, la voz y la palabra.

EL PREGÓN

POR: José Antonio del Saz Díaz de Mayorga

Rvdo. Sr. Cura Párroco de Castilleja de la Cuesta

Sra. Tte. De Alcalde

Dignísimas autoridades

Representantes de la Junta de Gobierno del Gran Poder

Querido Hermano Mayor y miembros de la Junta de Gobierno de la Plaza

Hermanos y hermanas, amigos que estáis aquí presentes o a través de las emisiones de Radio Nueva Castilleja.

Permitidme que agradezca a mi compañero Francisco José López de Paz que haya hecho la presentación de quien les habla. Unas breves palabras en al que solo quiero deciros que Francisco José se ha convertido, desde su juventud, en uno de los exponentes más claros del periodismo sevillano vinculado al mundo cofrade. A su conocimiento de este mundo y a su visión amplia y próxima del periodismo se debe que Canal Sur Radio haya llegado a ser la primera cadena de radio de Sevilla en todo lo relacionado con la Semana Santa. Las retransmisiones que él ideó y que pone en antena con el nombre genérico de 'El Llamador' han marcado un hito en la forma de llevar a los hogares de todos los que hemos nacido en esta tierra nuestra fiesta por excelencia.

A esta hora tendría que estar preparando el programa de esta noche, pero está aquí, lo que tengo que agradecer profundamente.

Bienvenido a este pueblo y a esta Hermandad nuestra a la que desde hoy estas todavía más vinculado.

Quiero agradecer también a la Junta de Gobierno de la Plaza y a su Hermano Mayor, José Ruiz Torreño, que me haya dado la oportunidad de ser pregonero de la Semana Santa de la Hermandad de la Plaza. Un gran honor para quien es de la Plaza de toda la vida. El estar aquí y ahora solo es equiparable a la satisfacción que estoy seguro tenéis los que componéis esta Junta de Gobierno y las de otros años, cuando el domingo por la noche la Semana Santa acaba y, al apagar las luces de la iglesia, os dais cuenta de que vuestro trabajo y vuestro esfuerzo han servido para que todo un pueblo disfrute durante unas horas. Seguro que, más allá de las críticas de unos y las incomprensiones de otros, la Virgen de la Soledad tiene para con vosotros la más tierna de sus sonrisas y el mayor de los agradecimientos.

Hechas estas consideraciones, me dispongo a hablaros de algo tan especialmente nuestro, tan metido en lo más profundo de nuestra alma, de nuestra propia vida, que difícilmente podré descubrirnos nada nuevo.

Como dijo el pregonero del año pasado, mi padre, en el corazón de cada uno de nosotros hay un pregón guardado. Un pregón que puede permanecer dormido en nuestro interior para siempre o que se nos escapa de las mil formas que al hombre le han sido dadas para expresar lo que siente: la palabra, la sonrisa, las lágrimas, el silencio, la presencia año tras año junto al Señor y la Virgen, recorriendo las calles del pueblo, la ausencia obligada en la distancia o en la soledad de la penitencia. Hay un pregón que se derrama en forma de saeta sentida, de saeta ahogada, de saeta escuchada en la oscuridad de la noche. Hay un pregón que se hace notar en el tañer de los instrumentos que conforman los sonidos más genuinos de la fiesta. Hay un pregón que se hace sentir en el suave rachear de los pies cansados. Y hay un pregón, en fin, de entre bambalinas, un pregón

escrito a base de noches de insomnio preparando esto o aquello, dándole los últimos retoques al decorado celestial de la fiesta.

Este de hoy es mi pregón. El mío y el de, estoy seguro, los que como yo somos de la Plaza desde antes de venir al mundo, desde el interior del vientre de nuestras madres. Es el pregón de los que aprendimos a ponernos la mano en la cabeza cuando nos preguntaban hasta dónde éramos de la Plaza. Es el pregón de los que somos de la Plaza desde antes de dar los primeros pasos, de pronunciar las primeras palabras, de corretear los pasillos de nuestras casas, desde antes de echar los primeros dientes. De los que desde antes de entonces, como si de una predestinación se tratará, somos de la Plaza. Este es también el pregón de los que siempre quisimos ser de la Plaza. De los que nos bautizamos en la iglesia de Santiago, tomamos la comunión primera aquí mismo y entre estas columnas pusimos a los pies de la Virgen de la Soledad las primeras sonrisas de nuestros hijos.

Es, también, el pregón de los que alguna vez fuimos monaguillos en esta misma iglesia, de los que dimos fuelle en el viejo órgano, de los que bailamos en las frescas noches de la Cruz de Mayo, de los que hemos olido un antifaz negro, de los que hacíamos bolas de cera roja las noches de Viernes Santo, de los que saltamos vestidos de rojo ante el Simpecado las radiantes mañanas del Domingo de Resurrección, de los que hemos abierto farolillos o liado las papeletas antiguas.

Es el pregón de los que alguna vez hemos estado detrás de la barra de la Velá, de los que corríamos del 'tablao' del centro de la plaza al del conjunto, de los que hemos repicado y tirado cohetes, de los que hemos visto amanecer, medio dormidos, en el regazo de nuestras madres, al son de la campanilla. Es el pregón, en fin, de los que hemos amado bajo los arcos de la plaza.

Pero este es también, y sobre todo, el pregón de quien espera cada año, con venerada y serena pasión, el resurgir de cada primavera, el olor del incienso en las calles, el rumor del aire en las bambalinas, el brillo de la plata y el oro reflejado en los cristales de las ventanas. Es el pregón de quien ansía que el rostro de la Virgen de la Soledad vuelva a mirarse en las esquinas de Castilleja y de quien, cual liturgia milenaria, espera a un Jesús muerto tres días antes de que resucite. Es el pregón de un cofrade inmerso desde siempre en esta forma especial y distinta de entender la pasión, la muerte y la resurrección de Cristo, de un cofrade de Castilleja.

De una Castilleja que se ancla en la historia de la mano del enigmático Tartessos, en la cornisa más oriental el Aljarafe. Solaz de romanos y árabes, señorío de calatravas y guzmanes. Bajo estos mismos arcos se librarían mil batallas de capa y espada y se apostarían rufianes y señores mientras, al calor de estos muros y bajo la luz de unas imágenes, fue conformándose con el paso del tiempo la Hermandad cuyas reglas centenarias alguna vez juramos. Juramento de fe que nos vincula a una iglesia, sí, pero también a una historia. La que forjaron nuestros antepasados; la del pueblo pequeño un día con tres escasas calles, pero siempre una plaza. Alquerías que el tiempo ha ido desdibujando de la faz de nuestro pueblo, cuyas fachadas quedan todavía en nuestro recuerdo más recóndito cual fantasmas blancos.

Todo cambia, pero algunas cosas permanecen. Permanecen vivas como permanece esta plaza casi tal como fue hace muchos, muchos años. La Castilleja, la plaza que yo he vivido, incluso la que me han podido contar, es todavía visible bajo el asfalto de muchas calles de la collería. Pero hay otra Castilleja solo perceptible a través de lo que conforma

la esencia misma de este pueblo nuestro, imposible incluso de entender a la luz del razonamiento. Es la Castilleja que renace con el olor a pino y jara en las Jornaditas de la Navidad, es la Castilleja que florece cada primavera, cual sudario del Hijo del Hombre, cual pañuelo de la Virgen Madre, es la Castilleja de las 'vueltas', de las varetas de olivo, de las madrugadas de Domingo, mientras resuenan en el eco imborrable del aire las bandas que antaño nos despertaban mucho antes del amanecer. La Castilleja unida para siempre a nuestra historia, añorada en la distancia cuando el destino nos pone en otros puntos de la geografía andaluza. Es la Castilleja, en fin, de la rivalidad, entendida como la necesidad antropológica de ser de algún sitio para, en el fondo, poder ser del todo.

Mucho se ha hablado de las múltiples facetas que tiene la Semana Mayor del cristianismo. Muchas, sin duda, pero todas giran en torno a una realidad incuestionable. La Semana Santa es un hecho eminentemente religioso del que se derivan otros perfiles, culturales, sociales o artísticos, pero esencialmente estamos hablando de un hecho religioso: de los últimos días de vida de Jesús de Nazaret, nacido de María hace unos dos mil años, a quien consideramos Hijo de Dios Padre; de su proceso ante las jerarquías romana y judía, de su pasión, de su muerte y de su resurrección según las profecías, al tercer día de expirar en una cruz en el monte Calvario, como el único y verdadero Dios. De todo esto y del dolor de su madre, la Virgen.

Todo lo que digamos después está supeditado al acto de fe que supone en nuestra Iglesia la creencia de que todo esto es cierto. Por ello quiero dejar claro, antes de cualquier irrupción en el terreno de la palabra, de lo cotidiano y, en todo caso, de lo íntimo, que nada de esto sería posible sin el hecho religioso, popular o no. Y que fuera de este marco general nada de lo que hoy es la Semana Santa tendría el menor de los sentidos.

De lo que nuestro pueblo representa en la conmemoración del holocausto de Cristo me quiero quedar hoy con la Castilleja universal, única e irrepetible. La Castilleja que nos ha situado, para bien y para mal, como punto de referencia obligado en la Semana Grande de nuestra tierra y nuestro credo. La Castilleja que tiene en la Plaza, no solo su centro de interés, sino su más claro exponente. La Castilleja que en la madrugada del Viernes pasea a un Señor con la Cruz a cuestas, que luego lo entierra en una urna dorada y el domingo celebra su triunfo sobre la muerte.

La Castilleja del mito y del rito.

Rito que comienza el domingo antes del lunes primero. Domingo de Ramos que aquí son olivos. Olivos de este Getsemaní del Aljarafe en las manos de los niños, como aquel día en que Jesús, presagio de su muerte, entró en un Jerusalén alborozado por recibir a Dios. Plaza transformada en ése Jerusalén de la Biblia que vería por última vez la sonrisa de Cristo.

Ramas de olivo para un Jesús imaginario encima de un borrico, cual Platero, de algodón y espuma. Palio bajo el cual el espíritu del Dios único y verdadero se pasea en torno al mayor 'muro de las lamentaciones' del Aljarafe. Es el prólogo de la historia misma, cuando Jesús vestido de blanca túnica fue aclamado por el pueblo. Un Jesús ilusionado por el nuevo mundo, por el nuevo hombre que se ocultaba tras sus largos años de predicación, en el primer día de la Semana que acabaría con su vida como hombre.

Estamos ya en la Semana Santa.

En Castilleja, en la Plaza, durante los días siguientes se trabajará en el interior de la iglesia, se pondrán las flores, se hablará de cómo vestir este año a la Virgen. Iremos limpiando los candelabros de plata, adornando las velas, sacando brillo al dorado de los respiraderos. Haremos más grande el templo para que quepa todo. Para entonces habremos hecho que el oro, que manos primorosas dejaron sobre el negro y el rojo, brille reluciente en el palio y en los mantos.

En estos primeros días de la Semana Santa adornaremos el Sagrario y volverán las noches de insomnio, los cultos. Mientras, se dan las últimas puntadas a las túnicas nuevas, rojo sobre negro y blanco, la papeleta de sitio, la vara de hermano, el estandarte, la cruz de plata, las banderas.

Habrá que disponerlo todo para que esté listo la tarde del Jueves cuando, por fin, en medio de esta misma iglesia podamos verla, reluciente, sobre un monte de nardos y claveles blancos, gardenias, orquídeas y tulipanes, iluminada la cara por las velas encendidas, las manos casi juntas, con un pañuelo a la derecha y la corona de espinas en la izquierda, puñal sobre el dolorido pecho, los ojos entornados, el rostrillo enmarcando la serena tristeza de sus mejillas, los labios juntos y un nombre escrito con letras de oro justo al lado del corazón, Soledad.

Soledad, en el semblante y en el pecho.

Soledad, en la mirada y en los labios.

Soledad, en las manos.

Soledad, en el aire y en la primera estrella de la tarde.

Soledad, en el corazón y en el alma.

Soledad, en la cera de los cirios blancos.

Soledad, en los clarines y en el pellejo de los tambores.

Soledad, en los pies y en el sudor de los costales.

Soledad, en los brazos cansados.

Soledad, en el sueño eterno de los justos.

Soledad, en los pecadores.

Soledad, en la armonía y en la tormenta.

Soledad, en el recuerdo de los que no pueden verte.

Soledad, en la alegría de los que aman.

Soledad, en la inmensa amargura de los solitarios.

Soledad, en fin en tu nombre,

Soledad, Soledad, Soledad.

Desde este momento el suyo será el nombre más repetido, la cara más buscada, la mirada más ansiada, el consuelo más reclamado. Será Madre e Hija, se le amará con sobrecogimiento, los niños le lanzarán besos desde los brazos de sus padres, a su paso se santiguarán las mujeres desde las ventanas, se alumbrarán las casas. En su nombre se invocará a Dios, se pedirá en silencio, se reclamará salud y se volverán ciertos los nombres de los que se fueron para siempre.

Durante unas horas podremos recrearnos aquí mismo en todos los perfiles que enmarcan su belleza. En la grandiosidad del paso que la llevará por las calles de Castilleja, solo unas horas después. Los hermosos varales de plata, la candelera nueva, la imagen en marfil de la Virgen de los Reyes, presidiendo la delantera del paso. En el encaje plateado de los respiraderos, incrustados medallones de oro como alegóricos reflejos de la pasión de Cristo. Sobre la corona dorada, los rostros de los evangelistas nos

aparecen como los cicerones que han dado a conocer al mundo los detalles de la vida de la Virgen que le hacen ser modelo de santidad; que han dado a conocer la vida de Jesús.

Un Jesús que yace al lado, en un esplendoroso volcán dorado, en cuya cima se sitúa. En las esquinas del paso cisnes agonizantes sirven de alegóricos soldados en el gesto supremo del amor: la muerte del Padre para alimentar con ella a los hijos. En el frontal, la trasera y los costeros medallones policromados escenifican momentos de la pasión de Cristo.

Todavía con la iglesia llena de gente que quiere verlos de cerca, cae la tarde y la noche se adueña del espacio. El meridiano de la Semana Santa llega con toda Sevilla pendiente de la Madrugada.

Mientras el Sol brilla en otros confines de la Tierra, aquí miramos al cielo buscando las estrellas que nos den algo de tranquilidad. ¡No hay tristeza más profunda que no verla como cada año por las calles de nuestro pueblo! Ahora podemos contemplarla en la tranquilidad del templo mientras, como un suspiro, se adentra la noche. Precisamente, la misma tarde que abrimos la iglesia para que Nuestra Señora de la Soledad luzca en todo su esplendor.

Pasarán las horas, ya entrado el Viernes, durante unos momentos las puertas del templo se abrirán para que las dos formas de Dios se aproximen, para que los dos nombres de la Virgen se conjuguen. Habrá otra ocasión más tarde, pero es aquí, en la Plaza, y no en otro sitio donde, por primera vez, cada año, se encuentren las dos caras de la misma Castilleja. De la Castilleja que amamos y queremos como es, con esta ancestral y misteriosa dualidad.

Desde el campanario, la madrugada del Viernes nos trae aromas de Sevilla envueltos en el suave rumor del Guadalquivir. Mientras llega el amanecer, las dos orillas del viejo río se ven repletas de gentes en pos de otros cristos, de otras vírgenes. Es noche de Macarenas y Esperanzas, de Señores con la Cruz a cuestas, de misterios tallados por las mejores manos de los imagineros a lo largo del tiempo. Es la inigualable madrugada de Sevilla, la ciudad que hizo de la Semana Santa la forma de expresión de su manera de ver la vida.

El mismo Guadalquivir que baja recogiendo lo mejor de todas las Andalucías aspira lento y pausado el incienso de miles de almas y lo transporta, Aljarafe arriba, hasta este rincón desde el que les hablo.

Antes de que acabe, de que las últimas vírgenes de la noche queden en los templos y el silencio se adueñe de la ciudad de la Giralda y el azahar, en las casas de las gentes de la Plaza se nota que ya es Viernes Santo. Un Viernes Santo que todos soñamos radiante, como homenaje anual a la Virgen de la Soledad, mientras la Banda de Nuestro Padre Jesús de los Remedios apura los últimos esfuerzos en una diana que recorre Castilleja.

Ha amanecido, pues, un nuevo Viernes Santo en el que volveremos a encontrarnos con otra página más de nuestra historia. Una página que se reescribe cada año entre renglones de cera, de fon de antas y farfanés.

En Andalucía, la primavera está en su momento más exultante. Es tarde de Viernes Santo. Un reguero de chiquillería nazarena recorre las calles del pueblo. Son los clarines del luto, la avanzadilla de la pena, el presagio del duelo de una tarde noche ansiada que

será eterna. La Vuelta, vestigio de un tiempo ya lejano que permanece invariable, nos viene a recordar que después de cientos de días, de miles de horas de larga espera, las calles de Castilleja perderán su forma habitual para inclinarse al paso del Señor y de la Virgen

El Sol, todavía en lo alto, saluda intermitente el paso de la Fe, de la Verónica, descubierta la cara de los penitentes primerizos. Es el rito, la persistencia de la tradición más allá incluso del común de los sentidos.

Suenan tambores y cornetas, hay revuelo en las casas de la gente de la Plaza. Ya está cerca la hora. Vamos a hacer una fiesta de la más injusta de las muertes, de la más profunda de las soledades. La más injusta y la más profunda, pero también las más breves.

Todo se dispone para la escenificación de la obra cumbre de la vida misma: el desfile del cuerpo muerto de Cristo marcando la página de la historia y el dolor de la Virgen Madre en la más profunda de las expresiones de la tristeza, la Soledad.

Desde este instante hemos comenzado a contar el paso de los días y las noches. Y en Castilleja, la Plaza vuelve a ser escenario donde cada año hacemos de nuestra fiesta el paisaje de la tragedia.

Asoma entonces la Luna su redondez de plata a la hora mágica en la que el Sol se hace Atlántico mientras desciende lentamente sobre poniente. Suspendido en el espacio, el satélite se erige en el eje de luz sobre el que transcurre el duelo.

Un cordón rojo de roja sangre marca sobre el suelo el camino de la tragedia, iniciada tras la última cena que disfrutó Jesús entre los suyos. Luego vendrán horas de vigilia, de abandono, de encuentros postreros. Horas en las que el Hombre repasa con la mirada los desconchados de su propia obra. Son horas marcadas por los suspiros entrecortados, por la duda misma, el ser o no ser de la propia creación. Horas de insultos, de negación, de vejaciones. Horas de llanto, de dolor, de falsas coronaciones, de Gólgotas desnudos, de palabras al Padre, a la Madre, a los hermanos, a los que se arrepienten. Palabras de muerte y de salvación en los labios del Creador, sobre una Cruz, instantes antes de la expiración. Solo siete palabras que encierran toda la esencia de la Pasión. Palabras que quedan sostenidas en el eco del aire, cuando todo se ha perdido y ya no queda nada.

“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”

“Hoy estarás conmigo en el Paraíso”

“Mujer ahí tienes a tu hijo. Hijo ahí tienes a tu madre”

“¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?”

“Tengo sed”

“Consumatum est”

“Padre en tus manos encomiendo mi espíritu”

El rojo velo del templo ha sido rasgado por la negra tormenta. Rojo y negro es ahora el color de los hombres que le ignoraron, que le ajusticiaron, que le vendieron, que se mofaron de Él, que le apedrearon, que quisieron acallar su palabra solidaria y libertadora, su mensaje de amor y de paz.

Entre unos cuantos bajan su cuerpo de la Cruz y lo dejan en las afueras sobre un sepulcro de piedra. Sepulcro de piedra santificado y transformado en oro y cristal por la

gente de la Plaza que quisieron llamarle, desde entonces y para siempre, Nuestro Padre Jesús de los Remedios.

Rojo y negro son, también, los colores que hacen ondear nuestra bandera, los colores de las túnicas de los nazarenos. Rojo y negro en el semblante mismo de los que acompañan en los sones inconfundibles de la Banda que lleva su nombre. Redoble de tambor y clarín de plata en la inmensa soledad de la tarde, mientras el dorado paso de Cristo se asoma poco a poco hasta el quicio de la puerta del templo.

Le veremos salir en medio del silencio, solo roto cuando el cornetín de órdenes rompa en el himno de respeto al Rey de reyes en su Eterno Descanso, como reza el nombre con que bautizaron en su honor una de las más bellas composiciones salida de los instrumentos de la banda de cornetas y tambores de la Plaza.

Saetero del aire, desde el balcón del alma, haz tu pregón de hondos 'quejíos'. Oración al Padre nuestro entre un bosque de miradas que se levantan en silencio mientras al '¡ay!' de Luis o de Chicorro se unen las más profundas reflexiones del misterio.

*'No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido.
Ni me mueve para no ofender el tan temido infierno.
Sé que me mueve verte amortajado y escarnecido.
Me mueve ver tu cuerpo tan herido,
Tus afrentas y tu propia muerte.'*

Despacio, enfila el cortejo fúnebre los caminos eternos de Castilleja, sudario cristalino de la esencia del dolor y el perdón. Caravana de nazarenos vestidos con túnicas y capirotos negros, cual cipreses apuntando al cielo de esta noche fresca de primavera mientras en el redondel sobrecoge la sola posibilidad de verla salir, como cada año, detrás de su Hijo muerto, horas después de que lo hayan crucificado, momentos antes de que su cuerpo mortal deje paso al etéreo sentir del Espíritu.

Tendré siempre en mi memoria el olor del antifaz. Los días previos en los que había que ir por ellos a la iglesia. El reparto de los cirios. El cansancio de la cofradía, cuando niños, en una Castilleja todavía metida en los tiempos antiguos.

El paso con Nuestro Padre Jesús de los Remedios está ya en la plaza.

Conforman la procesión las viejas insignias de la Hermandad, Cruz de Guía plateada abriendo camino, grabadas a fuego las espinas y los clavos. Ovalado terciopelo con el escudo de la Hermandad, fruto de las uniones que la historia quiso caprichosa para conjurar hombres y mujeres alrededor de Dios en el Sepulcro y la Soledad de su Madre.

Rachean los pies bajo la dorada urna en cuyo interior yace el cuerpo torturado de Cristo. Todavía no hay mucho sudor en los costaleros, aún fríos. Se irán calentando con el paso de las horas. Vigilantes desde el cielo, sus nombres los sabemos conforme fueron desfilando hacia el Reino eterno de los justos, están ahora más cerca que nunca. Costaleros de plata que el Señor se llevó demasiado pronto hacen guardia junto a las primeras estrellas de la noche, que pugnan con la Luna por alumbrar las calles de una Castilleja que, a esta hora, solo sabe de un color, de un aroma, de un sonido, los que emanan de los nazarenos, de los costaleros y de los músicos de la Plaza.

Sobre encaje de fino hilo blanco va el cuerpo muerto de Cristo. Toda la historia concentrada en apenas unos centímetros. La misma imagen que nuestros antepasados adoraron en una Cruz, desborda la fuerza de quien la talló y se hace visible entre los cristales claros y diáfanos del sarcófago, mientras humeantes cirios de cera roja invaden con su luz la oscuridad progresiva de la noche que desplaza, poco a poco, el crepúsculo. Y detrás, soldados de cornetín y tamborada justifican noches y noches de ensayos detrás del Señor que presta su nombre a la Banda de la Plaza, la de Nuestro Padre Jesús de los Remedios; intérpretes y creadores de la más rancia tradición musical de nuestra tierra. Fueron alumnos de las más gloriosas bandas que vinieron a nuestra Hermandad, ahora convertidos en maestros del arte de tañer los instrumentos por amor a Dios y a la Virgen.

Su pregón musical se une, así, al del costal y la voz de la noche, en un sin fin de instrucciones directas, cortas, enérgicas, como las que dicta la sabia gramática de los rectores de las cofradías. Capataz, contraguía y costaleros conjugando destreza, inteligencia y esfuerzo. Ahora están aquí, pero semanas atrás, en medio del frío intenso del invierno, rompían el silencio de la noche con el suave rachear de los pies sobre el asfalto del 'Lejío', de la calle Enmedio o de la calle la Huerta. Imágenes de aire envueltas en sacos de arena húmeda durante los ensayos, preludio de la primavera que entonces se antoja menos como siempre y más lleva de nuevas formas, de nuevos rostros, de nuevos proyectos.

Me cuadra aquí un instante para el recuerdo de los nazarenos, de los músicos de la Banda, de los costaleros para los que esta cofradía sale cada año de una forma muy especial. Los que el tiempo impaciente ha querido cambiarles antifaz, corneta, tambor y costal por un balcón de plata en el cielo, donde siempre es Viernes Santo. A ellos y a otros tantos que desde diferentes responsabilidades en la Hermandad de la Plaza dieron lo mejor de sus vidas por la Virgen de la Soledad y el Señor de los Remedios, quiero rendir ahora mi tributo.

El silencio se irá haciendo al paso del Señor de los Remedios por las esquinas de Castilleja.

Calle Enmedio arriba irá despidiéndose de la plaza que le verá retornar entrado el Sábado, cuando en el penúltimo esfuerzo, los costaleros den las 'chicotás' postreras hasta dejar al Señor de los Remedios a las puertas mismas del Arco de la calle del Convento. Nuestro Padre Jesús de los Remedios habrá ido repartiendo bendiciones por las calles de Castilleja: Enmedio, García Junco, Real, calle del Convento. Despacio, sin prisas, como si no quisiera que lo enterrásemos.

Desde abajo su cuerpo se dibuja como una lámina en el horizonte que separa la tierra del cielo, sobre la que depositan las plegarias la gente de la Plaza, poco después de que las enlutadas golondrinas hayan quitado con sus picos los clavos y los estigmas que le aprisionaban al madero.

Señor de los espacios infinitos
Castilleja entera te contempla
Casi desnudo, cerrados los ojos,
Seca la sangre en las llagas de tu cuerpo,
Ladeado el rostro, rígidas las manos,
Heridas de espinas en la frente.

No agaches, nazareno, la mirada.

Mantenla viva y firme hacia lo alto.
¿Ves cómo dibuja la muerte su destino?,
¿Cómo siega la vida del más grande de los hombres?,
¿Del más humano de los dioses?
Sé cirineo en esta infamia de la historia.

Detén campana tu repique.
No azotes el aire con tu latir sonoro.
Serena el agudo rumor de tu llamada.
Para, reloj, tu devenir cansino.
Que hay un Señor muerto en la Plaza,
Dentro de una urna de cristal y oro.

Todavía tenemos delante el paso de Nuestro Padre Jesús de los Remedios en la plaza cuando en el interior de la iglesia se dan las órdenes para comenzar la salida del paso de palio. Como si de la primera vez se tratara, las cabezas de la gente intentan alargarse más allá de toda lógica para alcanzar a ver, entre los capirotos, ahora de raso rojo sobre túnicas de alba, la candelería encendida, el resplandor de los focos sobre la plata, el dorado del frontispicio del palio, labrado a base de años de ahorro, fruto del esfuerzo de la gente humilde de la Plaza.

Es como si nunca la hubiéramos visto, cuando han sido ya tantos y tantos los años que hemos esperado la llegada de este momento, siempre igual y siempre, al mismo tiempo, tan distinto.

Antes, días antes del milagro de cada año, un grupo de personas habrá dejado horas de sueño, de su tiempo, de su trabajo incluso, para ponerla como saldrá. Son las camareras de la Virgen. Mujeres que gozan del privilegio de tenerla más cerca que nadie, de hablarle al oído, de llorarle a solas. Me dijo una vez una de ellas, con las lagrimas saltadas, cuando le pregunté qué sentía al vestir a la Soledad, *‘Es como si se me pusiera por delante mi madre’*.

No hay un alfiler que la toque, ni un dobléz que no esté en su sitio. Ni una vela que se acerque peligrosa a su rostro, ni una flor que ensombrezca su cara. No hay nada que enturbie su presencia, ni que impida verla en la inmensa plenitud de su belleza.

Como si saliera del más profundo de los abismos, la primera ‘levantá’ sirve para aliviar los pulmones de los otros costaleros. La voz enérgica y el golpe seco del martillo se oyen desde todos los rincones de la plaza. No hay duda, la Soledad ha vencido al tiempo y volveremos a verla por las calles de Castilleja en una noche de Viernes Santo.

Los pasos medidos, las instrucciones precisas. A lo lejos, una antorcha de luz blanca sale del interior de la iglesia. Está situada justo frente a la puerta del tiempo. Las instrucciones de Fernando, como antes las de Paco, son escasas. Rozan los nardos las esquinas de la puerta. El paso se detiene un momento. Arriba, una bambalina caprichosa marca el ritmo del trono de plata. Hay lágrimas en los ojos de las mujeres. La Soledad va a salir en un momento. En brazos, enseñamos a nuestros hijos a llevarse las manos a la boca y lanzarle besos a la reina de Castilleja.

Todavía el Sol no se ha despedido del todo, se vuelve anaranjado a esta hora de la tarde. Instantes después una explosión de música no deja lugar a dudas, la Virgen de la Soledad ha salido una tarde más y Dios ha querido que estemos aquí para verla. Desde este

instante, todo, absolutamente todo, lo llena Ella. Desde este momento no habrá nada más importante que verla y decir su nombre, Soledad.

A duras penas el paso irá abriéndose camino en los primeros metros ente la muchedumbre aturdida por el estruendo de Amargura, o Pasan los Campanilleros, o Virgen de la Estrella. Difícilmente alcanzaremos a detener nuestra mirada unos instantes en su cara, a fijarnos en todos los detalles que quisiéramos. Tiempo tendremos solo un momento después cuando desde el balcón de Salinas la saeta imponga su silencio jondo y describa los perfiles de la pena y el amor como jamás nadie pudo.

Afilados nazarenos de raso rojo serán sus centuriones durante las horas que dura el recorrido mientras, debajo, esforzados hombres harán de su plegaria de sudor uno de los distintivos más señalados de la pasión, según la entendemos por estas tierras.

No son ahora cirineos, como los que portaban el paso del Señor de los Remedios, sino titanes salidos de lo más profundo de las aguas del amor para llevar, meciéndose como sobre las olas del mar, a la Madre de Dios y Madre nuestra, a la Virgen de la Soledad. Bien metidos los riñones, corrientes, pateros, fijadores, con un mimo extraordinario pasearán por Castilleja la imagen celestial de María Santísima.

‘¡Al cielo con Ella!’, dirá el capataz con voz enérgica. Y un escalofrío recorrerá el cuerpo mientras vemos el paso elevarse y caer sobre la cerviz de los costaleros.

Me escribió una vez Paco Guerrero, el primer capataz de la Hermandad que tuvo la Virgen: *“La primera vez que como capataz tuve ante mí el paso de la Virgen de la Soledad, la emoción y el nerviosismo por la responsabilidad que sobre mí recaía hicieron que solamente pensara en lo que tenía delante y el mimo y cariño con que debía de llevarlo, cuidando como de la Santísima Virgen, como de los costaleros que la llevaban para, con arte y destreza, pasearla por Castilleja”*.

Regla de oro del costalero, del capataz, que no debería olvidar nunca. Frente a los que quieren estar debajo o delante para estar encima, yo me quiero quedar con los que en silencio, como verdadera penitencia, ofrecen su plegaria con el trabajo callado, sin esperar más recompensa que ninguna, ni más consuelo que saber que sobre ellos camina la Virgen de la Soledad o Nuestro Padre Jesús de los Remedios.

A partir de entonces, de que la Virgen enfile la vuelta a la Plaza con el nombre de Santiago, nos esforzaremos para verla mejor entre los naranjos, ya en flor.

Lentamente caerá la tarde, de forma que para cuando abandone su fortificación legendaria no necesite el palio que la cubre por que tendrá las estrellas como radiante velo bajo el cual irá como nadie la Virgen de la Soledad.

Manantial de espuma la tarde.
Aire de romero, que la Soledad pasa.
Efluvios del Atlántico se alzan
Guadalquivir arriba, que la Soledad sale.

Arco Iris de rosas y claveles.
Paso de plata, que la Soledad anda.
Dorada corona sobre la toca negra,
Terciopelo de sangre, que la Soledad llora.

Párpados que caen sobre lágrimas de agua.
Suspiros contenidos en la garganta.
Miradas que el espacio detiene ignotas.

Soledad, Madre de Dios y la Alianza.
¡Aroma de canela, incienso y jara
Para la Reina del Arco y de la Plaza!.

A partir de ahora el centro del pueblo no será ya la plaza de Santiago, sino cualquier rincón de Castilleja por donde estén en ese momento Nuestro Padre Jesús de los Remedios y Nuestra Señora de la Soledad. Les iremos acompañando por todo el recorrido hasta que, en las primeras horas del Sábado, la Marcha Real y los Campanilleros pongan de manifiesto que un año más cruzan el Arco de la calle del Convento. Volverán las saetas a llorar, entonces, los últimos minutos de Cristo muerto y los últimos instantes de tristeza de la Virgen.

No existe en el mundo un rincón como este cuando, entrado el Sábado, Nuestra Señora de la Soledad se encuentra a escasos metros de Cristo. La emoción contenida a lo largo de la cofradía, los ¡vivas! que hemos ido aguantando hasta entonces en otros puntos del pueblo, se desbordan. El Arco es, ahora, otro palio, un palio centenario hecho de piedra y estrellas. Un palio que, como dice la copla, tiene dueño, y no es otro que nuestra Virgen de la Soledad.

¿Cómo les diría yo?, esto es como más nuestro, como más para la gente de la Plaza. Como cuando en un duelo o en una fiesta se quedan ya los más íntimos, que son cientos cuando de la Virgen de la Soledad y el Señor de los Remedios se trata. Nos iremos agolpando, cogiendo sitio para oír las últimas saetas que se cantan en Castilleja en la Semana Santa, en la Plaza. La Virgen y el Señor vencerán al cansancio y al frío, a la extenuación de los costaleros y al reloj impertinente para, con un hasta luego, cerrar tras de sí las puertas del templo.

Ha terminado de esta forma un Viernes Santo grande donde los haya.

El sábado, con la cera pegada en las calles de Castilleja, será el día para el comentario. Para hablar de lo bien que iba, de cómo fue la salida, *"impresionante"*, de cómo se hizo la recogida, *"emocionante"*. Es el momento de comentar los detalles de la noche, lo que más nos gustó a cada uno.

Es el día de hablar, más casi ningún otro, de cómo está la Hermandad, de las cosas que más nos gustan, lo que cambiaríamos, aunque no sea de Semana Santa. Lo haremos mientras, de manera fugaz, todavía oiremos el eco de alguna saeta, en algún que otro rincón, como en un cuarto de cabales. Hablaremos de la Semana Santa de antes. De cómo era nuestra Plaza, de cuando niños.

Hablaremos de la Cruz, que otra vez comienza a volver por los derroteros de antaño, cuando en la calle En medio, la yenca y las sevillanas llenaban de alegría las noches de mayo. De aquéllas tertulias al calor de la vieja casa Hermandad, medio desvencijada, adornada con flores de papel rojas y blancas. Del viejo 'pikú' de Juanito. De cuando los veinte.

Algunos se irán ahora para ir preparando la carreta, que lucirá radiante justo en unas horas.

Enunciaremos proyectos para la Feria de este año. Y hablaremos de cuándo la 'Velá' era distinta, de aquellos años en los que liábamos las papeletas antiguas, de cuando había dos 'tablaos' en la plaza, el del centro y el del conjunto. De cuando pusimos por primera vez el chiringuito o del año en que estuvieron los Hermanos Reyes, o del aquel otro en el que el Pali cantó al mundo que el color de la plaza es 'colorao', por si alguien no se había enterado todavía. De cuando salía Santiago y a la Virgen la sacábamos vestida de Pastora. Y de tantas y tantas noches de Rosario, recorriendo Castilleja con la campanilla: platillo, guitarra, sonajero y caja.

*'Se le ha antojado a la Virgen
La rosa más bella que se conoció.
La buscaron por todos los jardines,
Hasta que encontraron la flor de pasión.'*

De las jornadas. Uno de los acontecimientos más genuinos de Castilleja, con la Virgen camino de un portal oscuro mientras desde el coro un grupo de mujeres ofrece el contrapunto con las mismas canciones de siempre.

*'Yo tengo una Madre que es Reina del Cielo,
A ella le ofrezco mi vida y mi amor.'*

Son las cosas que hacen de la Plaza el centro neurálgico de Castilleja, el punto central de la geografía cultural y ritual de este pueblo nuestro. Un pueblo que no da por terminada la Semana Santa en este Sábado del descanso, sino que quiere continuarla hasta donde las fuerzas le permitan.

Será el Sábado, también, el día en el que plantearemos qué pasará mañana. Para entonces sabremos cómo será el Domingo. Habremos arreglado algo 'colorao' con que salir a la calle y tendremos lista la casa para los amigos.

A la gente de la Plaza nos queda la satisfacción de poder ver otro día más a la Virgen por la calle. Solo faltarán unas horas.

Cada Domingo de Resurrección me amanece igual, a pesar del paso del tiempo. Recordando los años en los que, en la misma habitación que mi hermano, jugábamos toda la noche a adivinar las bandas que nos impedían conciliar el primer sueño. Para nosotros eran las nuestras las que mejor y más fuerte tocaban, aunque no siempre fuera cierto. Queríamos adivinar sus nombres y esperábamos hasta la hora de salir a la calle, todavía de noche, para acompañarlas antes de la Misa del Alba. Fueron tiempos donde el amanecer nos sorprendía con sonos de Salves Marineras o de policías a caballo. Eran los años en los que todo nos parecía mejor, porque éramos más jóvenes. Hoy es prácticamente igual que entonces.

Vuelve el Domingo a tener en la Plaza el momento más antiguo que se conoce de nuestra Semana Santa: la procesión del Santísimo en honor de la Resurrección de Cristo en un día que hace de Castilleja un punto especial, no ya de la geografía de la tragedia, sino de la alegría.

Poco a poco el ambiente deja traslucir que será un día grande. El concierto de las bandas de nuestra Hermandad ha venido precedido de un ir y venir por las calles de Castilleja en una diana precursora de lo que será el Domingo.

La primavera, que los días anteriores estuvo preñada de la melancolía y la tristeza, tiene en esta última jornada de la Semana Santa el espejo de un pueblo radiante y en fiesta.

La plaza, hasta ayer escenario de la pasión y muerte de Cristo, lo es este Domingo de la Resurrección del Dios único y verdadero. Salmos y rezos porque era cierto que Jesús vencería a la muerte. Aquí no hace falta meter los dedos en el costado. Sabemos que es así porque Dios ha venido a resucitar cada Domingo a este rincón del mundo, desde hace casi veinte siglos.

La fresca mañana tiene entonces un suave olor a incienso y romero mezclado con un canto al amor de los amores, mientras Cristo perdona al pueblo que le reza en forma de canción y de plegaria.

Durante los primeros instantes toda la atención estará en el culto al Señor, pero nada más abrirse el cielo y hacerse diáfano y claro volverá a ser la Virgen de la Soledad la que ponga su nombre en los labios de los 'placeños', como nos han enseñado desde pequeños.

*'Soledad yo a ti te quiero
Porque al nacer me enseñaron
A quererte con locura
Y me apuntaron de hermano.*

*Y hasta el día que me muera
No dejaré un Viernes Santo
De ver tu cara morena.'*

En torno al Simpecado de oropeles y bordados dorados sobre terciopelo rojo con la imagen de la Virgen de la Soledad, miles de personas nos congregaremos hasta que el Sol cruce efímero el límite del mediodía.

Domingo en Castilleja,
¿Acaso hay otro?

Primavera de luz.
Frescor de la mañana, temprano,
Campanas al viento,
Tamboril rociero y sevillanas.

Volante de arco iris y guitarra.
Papelillos rojos,
Polvo rojo y avioneta.
Puerta, pavo, Carreta de plata.

Y esa forma de decir
Con un nudo en la garganta:
¡Viva la Reina del Arco!
¡Soledad! ¡Guapa, y guapa y guapa!

Y volverá a ser Ella la que tengamos presente el resto del día. Volverá a ser Ella la excusa para que haya una tarde más en esta Semana Santa que no quiere dejarnos, a pesar de los cuerpos cansados, de las gargantas reseca, a pesar de que al día siguiente todo volverá a ser como antes del Viernes.

Volverá a ser Ella la que, en las últimas horas del Domingo de Resurrección, brille más que el lucero de la tarde *'como un faro de luz refulgente'*. Y volverá a ponerse el Sol por el Atlántico y a tornarse anaranjado para que no le moleste el brillo en los ojos, ahora que no lleva palio. Y volveremos a ver a los niños lanzarle besos desde los brazos de sus padres. Y a oír la voz del capataz. Y a hacer del silencio los momentos más intensos de nuestra plegaria solitaria.

Despejado el luto, todos serenos nazarenos de gloria en esta procesión de la Madre sonriente por las calles que son más suyas. Ahora está feliz, ha visto que su Hijo ha resucitado y que en la Plaza hemos dejado que su nombre, Soledad, carezca de sentido. La tendremos entre nosotros hasta que ya no sea posible retenerla por más tiempo.

En las primeras horas del lunes, los sones de la Marcha Real mecerán la entrada de la Virgen de la Soledad en el templo y quedará, junto a Nuestro Padre Jesús de los Remedios, al recaudo de los arcos centenarios de esta iglesia.

Uno a uno iremos quitándole, entonces, los claveles blancos, los nardos. Los costaleros llorarán de emoción por la labor cumplida. Dejaremos caer nuestra mirada para pedirle, en silencio, salud para poder verla el año que viene.

Y pensaremos que ya falta menos para que en otra Semana Santa la plaza vuelva a ser el centro de nuestra vida. Que ya falta menos para ajustarnos el capirote o el costal, para oler a incienso y hacer bolas de cera roja, como siempre, para que vuelvan los amigos que están lejos o para que la saeta se encarama a los balcones de Salinas.

Que ya falta menos para que volvamos a soñar con otro Viernes Santo, con la vuelta de la tarde, con la Virgen cruzando triunfal el Arco, con el Señor recorriendo ceremonial las calles de Castilleja. Sabremos que ya falta menos para que una lágrima humedezca de nuevo las mejillas y para que el río arrastre hasta aquí los rumores de azahar y madrugada desde la Sevilla eterna.

Pero habrá que esperar todo un año. Habrá que esperar a la siguiente Luna de primavera, cuando la plaza vuelva a cumplir con su destino y Castilleja se rinda, una vez más como viene ocurriendo año tras año, a los pies de Nuestro Padre Jesús de los Remedios y Nuestra Señora de la Soledad.

Que así sea, por siglos de los siglos.

He dicho.